

A L O C U C I Ó N

*dirigida por el R. P. Pío. M.^a Mortara, G. R. de San Agustín,
á la guarnición de Infantería de San Sebastián en la solemne función
celebrada el día 8 de Diciembre de 1892 en el templo
de Santa María para perpetuar la memoria del fausto acontecimiento de
haberse proclamado á la Virgen Inmaculada Patrona única
del Arma de Infantería por real orden expedida
el 12 de Noviembre de 1892.*

A LOS LECTORES

Me decido á publicar esta alocución, no por el prurito de exhibirme al público, siguiendo la moda que nos trae todos los días esa avalancha de conferencias y discursos más ó menos notables, sino por cumplir un deber de gratitud y para dejar á la guarnición de infantería de San Sebastián y á su valiente General el Excmo. Sr. D. Ramón Gonzalez Tablas, que tanto me honraron y distinguieron, un recuerdo aunque muy modesto del inolvidable acontecimiento del 8 de Diciembre de 1892.

Haga Dios que la lectura de estas desaliñadas frases contribuya á afianzar en el Regimiento de Infantería de la Capital de Guipúzcoa, y en el ejército español esos sentimientos religiosos y católicos que son la mejor salvaguardia de la disciplina militar y el porvenir de la patria.

Ese deseo sincero y esa íntima convicción me harán acreedor, lo espero, á la benévola indulgencia de los que tengan á bien recorrer estas páginas, trazadas muy á prisa en los pocos ratos de libertad que me consienten mín continuas excursiones apostólicas.

EL AUTOR,

Vitoria, 11 Diciembre 1892

AL DISTINGUIDO CABALLERO, BIZARRO É INCOMPARABLE AMIGO

D. FELIPE MARTINEZ DE MORENTIN Y SALGADO

EN TESTIMONIO DE VERDADERO APRECIO Y SINCERA GRATITUD

EL AUTOR

Amen dico vobis: non inveni tantam
fidem in Israel.

(Matth., VIII, v. 10).

En verdad os digo: No encontré tanta
fe en Israel.

(Ev. de S. Mateo, VIII, 10).

Excmos. Señores, muy venerable Clero, amados hermanos:

Palabras de fuego, acentos abrasadores busco yo en mi corazón para dirigirme á hombres avezados al ardor de los combates y al fuego de las batallas. Pero ya que no los encuentro en mi pecho, (pues soy extranjero de nacimiento en España, aunque no de corazón) los pido prestados al divino General, al que se llama el *Dios de los Ejércitos*. Un día el adorable Redentor admirándose de la fe de un Capitán como veo tantos aquí, de un denodado guerrero que le pedía un milagro, exclamaba: «En verdad os digo, no encontré tanta fe en Israel.» Y yo también al ver vuestra fe, oh soldados, al presenciar esta imponente manifestación en este templo cuyas columnas y bóvedas parece que se estremecen y saltan de gozo, al proclamar el Arma de Infantería por su Patrona á la Virgen Inmaculada, yo también á imitación del Hijo de Dios exclamo: En verdad os digo, no encontré tanta fe en Israel!

Sí, señores; esta proclamación es como una explosión del sentimiento católico y religioso que anima á la gran nación española y su Ejército, porque España y su ejército son y han de ser católicos, y por ende es una manifestación sumamente oportuna y patriótica, y eso es lo que me propongo demostraros en la forma más breve y sencilla. Pero antes permitidme que incline la frente ante el distinguido hidal-

go, modelo de caballeros, digno y esforzado Ministro que en su mano tiene y tan acertadamente dirige los destinos del ejército español, quien inspirándose en los elevados sentimientos de fe y catolicismo que distinguen y enaltecen á la excelsa Señora á quien la autoridad más sagrada, la del Vicario de Jesucristo llamó la *Reina piadosa*, recomendándola al respeto y al amor de todos los españoles, y dando expresión visible y oficial al deseo unánime del Arma de Infantería, proclamó á María Inmaculada su Patrona poniéndola bajo su amparo y materna protección. Señores, ¿en dónde veis esto hoy día? *En verdad os digo: no encontré tanta fe en Israel:* y las naciones que mas alardean de católicas no pueden rivalizar con España *non inveni tantam fidem in Israel!* Y sin más preámbulo me apresto á desarrollar mi terna, implorando la gracia divina por conducto de esta misma purísima Señora á quien invoco con las palabras del ángel. «Ave María, etc.»

Amen dico vobis. non inveni tantam fidem in Israel.

(Matth., VIII, v. 10)

En verdad os digo: no encontré tanta fe en Israel.

(Ev. de S. Mateo, VIII, 10).

Excmos. Señores, muy venerable Clero, amados hermanos!

Digo y afirmo que el acto religioso-militar que solemnizamos es como una explosión del sentimiento católico que anima á España y su ejército. Y notadlo bien, España y su ejército, dos realidades inseparables. Porque los dos términos se completan y explican mutuamente. ¿Qué es el ejército sino la nación en actividad belicosa, la nación que pronuncia su palabra, su *logos* que forma la idea adecuada de su ser, de su fuerza, de su poder, que mide sus fuerzas y las afirma y las opone a toda violencia, á toda invasión, á todo despotismo?

¿No creéis, señores, que el ejército representa la nación y se identifica con ella? Pues mirad esa bandera que ostenta los colores nacionales. ¡Ay del que la toca y la profana! Ella es sagrada porque el alma de la nación representada por el ejército está en ella. Id pues, insultad esa bandera, arrastradla por los suelos y vereis cómo el ejército y la nación despreciados en su pabellón os aplastarán y harán pedazos.

Pues bien, la nación y el ejército han de tener un ideal, y las naciones católicas han de tener un ideal católico. ¿Qué es la realidad si no brilla, ni palpita en ella la idea? Sin ideal no había ahí más que *realismo* que degrada la inteligencia, corrompe el corazón y rebaja las artes. El ideal católico es el fin sobrenatural de los pueblos, lo mismo que de los individuos. Dios creó al hombre para sí, y los pueblos también. Degradados por el pecado, los elevó al estado sobrenatural, que no es otra cosa sino un conjunto de medios y recursos superiores á la naturaleza y en armonía con el fin último que es la posesión de Dios en la visión beatífica. Es la teoría magnífica de Santo Tomás en el notable Tratado *De regimine Principum*. Ese ideal católico á cuyo logro y realización se ha de encaminar la sociedad es Jesucristo, creído, adorado é imitado en la Iglesia que es su cuerpo y su desarrollo y continuación.

Y si todas las naciones pertenecen al Verbo encarnado, mucho más España á quien visitó la Madre de Dios todavía *en carne mortal*, y á quien Santiago el Apostol, *hijo del trueno*, dejó por herencia su fe de diamante y su corazón de fuego. España, la tierra de las flores, del sol y las suaves brisas. España, que parece haber preparado la mano de Dios para lecho nupcial del astro del día, cuando al avecinarse la noche, se despidió de ella á pesar suyo acariciándola en los suaves y apacibles fulgores del crepúsculo. España, nación grande, noble, generosa, yo te saludo, yo te amo, y no puedo ménos, ya que mi augusto Padre y Protector, el Angelical Pío IX te quería también, llamándote *su hija*. Sí, yo te quiero entrañablemente como á mi Madre de adopción, pues en los amargos días del desierto, tú me abriste tus brazos y tu corazón. Sí, señores, España ha de ser católica ó no será nada. La religión católica, apostólica y romana es la religión del Estado, sancionada por la Constitución que la rige. Las demás religiones son toleradas. no cabe en España otra libertad que la que nos ha regalado el Verbo encarnado *qua libertate Christus nos liberabit*, es San Pablo quien lo afirma, y no hay ni puede haber libertad contra Dios, sino únicamente para la verdad y la perfección y la santidad acumuladas en Jesucristo que es *el camino, la verdad y la vida*, y recibió por herencia y posesión suya todos los pueblos de la tierra. (Ps. II et in Espirt. ad Hebreos).

Y como la nación está viva y palpitante en el ejército, este ha de tener el mismo ideal, ha de ser católico como lo es y lo ha de ser Es-

pañá. Y ved con qué oportunidad el Arma de Infantería escoge por su Patrona á la Virgen Inmaculada en actitud belicosa, luchando á brazo partido contra la serpiente, símbolo y expresión plástica del error y el vicio. Aquel árbol del Edén primitivo, era también un símbolo. Aquella fruta que Dios no consentía que tocasen ni comiesen nuestros primeros Padres simbolizaba el dominio soberano del Criador sobre toda realidad y todos los seres salidos de su mano. ¿Qué encontráis en esto de absurdo? Vosotros teneis vuestros símbolos, vuestras banderas, vuestros timbres, vuestros blasones. Dejad á Dios el derecho de tener los suyos. La serpiente era un símbolo, y además una encarnación del espíritu del mal.

Soldados! hé aquí vuestra generalísima. Miradla cómo combate, escuchad las lecciones que os dé. Esta os enseña el respeto, ó sea en el lenguaje cristiano la *humildad*, frente de toda autoridad legítima; ella os inculca también la abnegación la más heróica, y la moralidad la más elevada. Tres factores tan esenciales de la economía militar.

El respeto, la disciplina, la obediencia, es tan esencial en el ejército, que sin ella no se concibe, ni puede subsistir. Entre vosotros no se discuten las órdenes de los Jefes. El que las discute, pasa al *Consejo de guerra*. El César de la antigüedad pasó el Rubicón contra las órdenes del Senado romano. Aquel era *un golpe de Estado*, y la República cedía el paso á la Dictadura. Es decir, que aquella desobediencia arrastraba consigo el desmoronamiento de todo lo existente. Pero los golpes de Estado son lo anormal, lo violento, y por ende de poca duración, y no se justifican sino cuando la nación y las instituciones en decadencia señalan su hora en el cronómetro de las vicisitudes políticas. Ello es que el ejército más grande que vieron los siglos, debió su grandeza á la disciplina militar que palpitaba en sus huestes que conquistaron el mundo y lo hicieron *romano*.

El otro factor esencial es la abnegación y el espíritu de sacrificio. Ahí teneis al soldado en el campo de batalla. En su pecho generoso late el amor patrio, y hierve el ardor marcial. Al tañido de las bocinas, al estruendo de los instrumentos bélicos, se enciende en él la chispa del genio militar. Sus generales le animan y le estimulan; el valiente, como se expresa el gran lírico oriental inspirado, huele de lejos el perfume del combate y la victoria, y con él olfatean los caballos que relinchando hieren con la uña el suelo, impacientes por arro-

jarse impetuosos á la lid. (En el libro de Job.) Y el bravo se va y arroja su sangre y su vida para salvar la vida y la independencia de la patria. Esa es la abnegación, ese es el heroísmo de los hijos de Marte.

Empero, señores, sin moralidad no hay verdadero heroísmo, y un corazón muelle y enervado en la corrupción del vicio y arrastrado por la pendiente de las pasiones descabelladas, del sentido abyecto é innoble que ofusca la inteligencia, y oprime el alma en su parte más elevada y pura, ese corazón es incapaz de abnegación y de heroísmo, ya que no teniendo valor para dominarse á sí mismo y contenerse en las trincheras de la moralidad, no podrá nunca vencer ni dominar á los demás.

Soldados! María Inmaculada os enseña la humildad en el respeto. Ella Madre de Dios, y la más humilde de las criaturas. Ella os enseña la abnegación que llevó hasta el heroísmo sobrehumano de sacrificar su vida y la vida de Dios su Hijo adorado, por el bien, no de una patria, sino de toda la humanidad. Ella os enseña, en fin, la moralidad, y ¡qué moralidad! Madre de Dios y Virgen y siempre Virgen, y concebida sin mancha de pecado, confirmada en gracia, impecable y así y todo aislada, separada de todo y de todos los hombres, cual si hubiese sido la más fragil criatura.

Aprended esas virtudes y sereis grandes como lo fueron vuestros antepasados. Sí, señores; lo que hizo grande á España y á su ejército ha sido el ideal católico.

Recorred la historia y lo tocareis con la mano. Vereis cómo el mismo ideal católico que impulsaba España á recorrer la carrera triunfal que le trazara la Providencia, estimulaba también y excitaba el heroísmo de sus bravos guerreros, de los Tercios y del Arma de Infantería de aquellos afortunados siglos.

Siento no poder extenderme por haberseme señalado una hora determinada para la conclusión. Me contentaré con algunas pinceladas. Soldados! fijad vuestras miradas en esos empinados riscos de Asturias. Ahí, al pié de la cueva de Covadonga bebieron vuestros hermanos el néctar de los héroes, ahí imploraron el auxilio de la Virgen Inmaculada su Patrona como es la vuestra; desde esas cumbres benditas declararon la guerra á la innoble morisma; ahí se abrió el fuego, y desde aquella cueva salían flechas que herian al enemigo y le obligaban á vergonzosa fuga. El gran Pelayo fué el primer eslabón de aquella cadena de Reyes magnánimos y católicos ante todo, que ha-

bían de realizar la Reconquista y salvar la honra, la vida y la independencia de España. Alfonso el Sabio, Fernando el Santo, Alfonso el Casto y tantos otros preludiaron con sus proezas y hazañas á aquella magnífica epopeya marcial de siete siglos que había de llenar de asombro las edades venideras, y tener por remate el reinado tan memorable de los Reyes Católicos, á quienes el dedo de Dios impulsó á coronar la obra gigantesca de la Reconquista, hiriendo en el corazón al Muslima arrogante y soberbio, alcanzando una Victoria que celebran todavía las almenas y minaretes de Granada, y recibiendo del Dinasta árabe las llaves de la Ciudad conquistada que representaban el honor nacional, la vida, la gloria, el porvenir de la España católica.

El reinado de los Reyes Católicos fué la brillante aurora que anunciaba el sol radiante de la época de Carlos V de Alemania y primero de España, que á su vez había de llegar á su apogeo, á su punto culminante en el reinado de Felipe II.

Por poco que se conozca la filosofía de la historia se echará de ver que los hechos de armas más celebrados de aquella época tuvieron por móvil la idea católica y se verificaron á su impulso. Carlos V no se proponía tan solamente ensanchar las fronteras de vuestra patria, si que también atajar los lamentables progresos de la Reforma en Alemania y en los Países Bajos, y cerrarle el paso en España.

Lutero, que todo quiso reformarlo menos á sí mismo, Lutero y su reforma se estrellaron contra las Columnas de Hércules y el infranqueable *non plus ultra* de la entereza católica de aquellos colosos de Reyes, que lo eran Carlos V y Felipe II, bajo cuyo reinado realizaron proezas asombrosas los Tercios y el Arma de Infantería de su tiempo.

El gran Colón, cuyo Centenario registró nuestro siglo con caracteres indelebles, comprendido y ayudado por la magnánima Isabel la Católica, por sus recursos y tropas regaló á España un nuevo mundo para que España lo conquistara para sus Reyes y para la Iglesia de Jesucristo.

Carlos V legaba con su grande alma á Felipe II la noble misión de completar aquella obra colosal de la reconquista del mundo para España y para el Divino Redentor, á Felipe II, que ahogó la insurrección en los Flandes unió Portugal á la Corona, reivindicó los derechos de la España católica en Italia, en Francia, en Holanda; favoreció en Inglaterra la subida al trono de los Stuardos, á Felipe II el Salomón de la Dinastía española, en cuyos dominios no se ponía el

sol, á Felipe II, á quien la historia moderna calumnió y vilipendió, que, como todo hombre, y como el Sol tuvo sus manchas y sus penumbras, pero que fué, es y quedará siempre para la historia imparcial un valiente guerrero y un gran Rey, grande porque fué católico digno de sus antepasados, digno de España, de la humanidad y de Dios.

Después de Felipe II pareció un momento que el sol se eclipsaba. Hubo una época de decadencia, de apocamiento, de atraso. No temais, señores. El leon español estaba adormecido. Pronto se despertará.

La hidra revolucionaria se lanza á la conquista del mundo y valiéndose del prestigio y del renombre militar del gran Capitan del siglo, amenaza acabar con la gloria y la independencia de España á la par que con su fe y su catolicismo tradicional. El Trono y el Altar van á abismarse en un cataclismo. Pero pronto llegará la hora de la justicia que es la hora de Dios. Es la voz de una mujer que da el grito de alarma.

La mujer á quien sedujo el espíritu del mal, rehabilitada en la Virgen Madre de Dios, habia de aplastar á su vez la serpiente ó sea el genio del mal, y reanimar en el pecho de la humanidad el genio del bien, inspirador de hazañas inmortales. El dogma de la Inmaculada tiene su corolario apodíptico en la historia de todos los siglos, ya que toda la humanidad regenerada por la gracia está compendiada en la Virgen Inmaculada, como tambien estaba representada en la desgraciada Madre de todos los vivientes.

Pues bien; al grito de aquella mujer *Que se nos llevan los Infantes!* España se levanta majestuosa, noble, magnánima como siempre y al soplo inspirador que sale de su pecho marchan sus hijos contra las huestes invasoras, se baten como leones, desconciertan, arrollan, despedazan á sus enemigos y las famosas jornadas de Bailén, Gerona, Zaragoza, Valencia y Vitoria fueron el eco de aquel grito que era el grito de la Patria amenazada, que hoy vencedora como entonces, celebra con un énfasis patriótico siempre nuevo y siempre jóven el fausto acontecimiento del *Dos de Mayo!!...*

No me atrevo á señalar las fechas todavía palpitantes de la historia militar de este siglo; echemos un velo sobre las discordias fratri-

(1) Este hecho se realizó en Madrid después de la marcha de Fernando VII, al enterarse el pueblo que iban á salir los infantes hijos del Rey.

das que el cielo y la tierra se vuelven para no presenciar, pues aquel es un terreno volcánico en donde se enardecen las pasiones políticas, de todas las pasiones las más terribles y funestas. Concluiré con una pregunta. ¿Cuál es hoy el destino de España y de su ejército? Por cierto que la lucha entre el bien y el mal es horrorosa. El catolicismo está amenazado. Los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia hacen esfuerzos increíbles para apoderarse de España y de su ejército y *emanciparla* del yugo del Evangelio. Se la quiere libre, pero para esclavizarla; se declara al pueblo soberano, y se le quiere separar de la Iglesia y quitarle la santa y verdadera libertad que le trajo del cielo el Dios crucificado!!

España (volverás á conquistar el asiento que ocupaste en otros siglos cuando eras dueña de dos mundos? ¿Volverás sin mengua ni tergiversación á las santas y venerandas tradiciones de tus siglos de oro, cuando tu ejército marchaba á la conquista de tierras lejanas para llevar alla con la antorcha de la fe la luz celestial de la civilización católica?...

No sé, señores, pero el acto que acaba de verificarse en este templo me hace augurar bien por España y diré de ella lo que en otra ocasión diría el gran poeta italiano:

Que de España el león aún no ha muerto,
Mas vive y ruge, y centellean sus ojos
Terror de Egipto y de Israel consuelo.¹

Y yo descubro en el horizonte el iris consolador, que me anuncia el porvenir de este gran pueblo que volverá á colocarse á la cabeza de las naciones, si luchando el *buen combate* de Dios se mantiene siempre unido al Evangelio, á Jesucristo y á su Iglesia. Iris de paz es para España esa augusta y providencial Señora que tiene en su mano sus destinos y su porvenir. Iris de paz es también el ejército español, y en particular su Arma de Infantería...

Hermanos, veo un movimiento entre vosotros, todavía no he concluido. Noto al mismo tiempo que estos Generales como *bravos* no abandonan su puesto... diría, pues, que es para mí sumamente consolador el ver los sentimientos católicos que animan al ejército español, y Dios que ha hecho á los *pueblos curables*, no abandonará á España y la hará grande, gloriosa, invencible.

(1) El Monti en el poema Ugo Basville.

Soldados! os dejo bajo la égida protectora de vuestra excelsa Patrona. Honradla, invocadla, amadla, pero sobre todo imitad sus virtudes. Respetad toda autoridad, respetad á vuestros Jefes, á vuestros Capitanes y Generales, pero también á vuestros Jefes espirituales, á los Ministros de Jesucristo que os hablan y moralizan de parte de Dios. Oíd su palabra y haced lo que os mandan para vuestro bien.

Para saber un día sacrificaros por la patria, sacrificad primero y *mortificad* vuestras pasiones desmandadas y las funestas tendencias de la naturaleza. Practicad la moral católica, mantened puras vuestras almas é intacto vuestro corazón. La Purísima vuestra Patrona os ayudará para que vuestras costumbres sean intachables. Encomendáos á Ella, ponéos todos bajo su manto materno, y Ella os alcanzará de Dios la gracia y la fuerza para venceros á vosotros mismos, á la par que el valor y el heroísmo para vencer á los enemigos de la patria. Este es vuestro destino, este es vuestro glorioso porvenir. Marchad hácia ese destino á grandes jornadas, y así como os horroriza la idea de ser cobardes en el campo de batalla, precavéos contra el apocamiento y las transacciones vergonzosas en las batallas de Dios que son las de la verdad contra el error, y de la virtud y la santidad contra el vicio y las pasiones que enciende sin cesar la serpiente pestífera á quien María quebrantó la cabeza!!.,.

¡O María Madre y Señora nuestra Inmaculada, sed Protectora y Patrona de estos hijos vuestros, de estos bizarros Generales, valerosos coroneles, capitanes, sargentos y buenos soldados. Extended sobre ellos vuestra mano benéfica y cobijadlos á todos bajo vuestro manto materno. Haced que sean defensores denodados de los derechos de la patria á la par que de los derechos de Dios, luchad y pelead con ellos para que venzan á sus enemigos visibles é invisibles, y haced joli divina Generalísima! que después de luchar bujo vuestro mando en esta tierra, suban á las moradas celestiales para recoger la palma inmortal y la imperecedera corona debida á los que permanecen fieles, leales y buenos hasta la muerte. *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitæ.* Amen!!

